La Hija del Mar

Inari Leabhar

Capítulo 1

Érase una vez, muchas eras atrás, una Hija del Mar. Era poseedora de una belleza infinita, y de una voz envidiada por el viento en persona. Había crecido acunada por las olas junto a su familia, su muy inmensa familia, pues llamaba hermano a cada hijo e hija del agua. Todos ellos vivían siempre felices, dado que no existía preocupación alguna bajo el azul profundo que los rodeaba. Sus colas, extensiones brillantes de sus cuerpos se movían cada noche al ritmo de una música tan deliciosa que llevaría a un humano a perder la cordura, por poca que tuviera.

Cierto día, atrapada en un sentimiento ajeno a todo lo que conocía, se vio llamada a la superficie por una serie ininterrumpida de luces que titilaban con insistencia en el cielo acompañadas por un coro de atronadores tambores. Había dejado el salón de los jóvenes pocos días atrás, y se había prometido ceder mayor atención a su entorno. Pues estaba convencida de que los adultos hacían algo más que ella desconocía. Por esta razón y guiada quizá, por esa promesa, se alejó más de lo usual y, sin reticencia alguna, asomó sin cuidado su cabeza por fuera del agua. El sonido al que estaba tan habituada, aquel que creaba su familia, cesó, pero alcanzó a ver un mundo nuevo que se había estado perdiendo. Sus ojos apenas si tenían tiempo de cubrir cada nuevo descubrimiento.

Lejos, en la orilla, sobre una extensión plana innombrable para ella, pero que pronto se reveló en contra de su cola, se alzaban, con curioso orgullo, enormes criaturas de cabello verde. Arriba, muy por encima de ella, las luces seguían danzando, como lo hacía su familia bajo el agua, pero no fue aquello lo que la atrapó. En medio de aquella fiesta casi delirante vislumbró un ojo que la observaba atento y, en su cenit, con petulancia, se alzaba una burbuja tan blanca con las caracolas. *Es el Príncipe Lunar*, le cantaron las olas, *le dejamos creer que nos controla*. La Hija del Mar supo entonces que no había visto nunca algo tan hermoso y se propuso contemplarlo hasta el hastío.

Desde aquel instante, las fiestas de su familia comenzaron a parecerle sencillas, aburridas y solo ansiaba su tiempo con el Príncipe de la Luna. *Recuerda regresar a casa cada mañana*. La reprendía la espuma, *O podrías perder algo que, aunque muy preciado para ti, has estado dando por sentado. Ni olvides que el Príncipe de la Luna se desvanece cuando su malvado hermano hace su aparición. El príncipe del Sol es un gran envidioso, odia a los Hijos del Mar, y nos hiere con su calor*. Ella oía los consejos, entre suaves suspiros y sin despegar los ojos de su tan añorado Príncipe Lunar.

Una noche asfixiante, en la que sentía que su piel se derretía, él le habló dentro de su cabeza con una voz tan dulce como la más bella de las canciones. Le pidió que aguardara por él, pues pronto bajaría a buscarla y

la haría su princesa, pero cada amanecer, luego de horas de espera en vela, su majestad se retiraba a descansar y ella debía regresar a casa con su garganta hinchada y dolorida por haber cantado a su amado. Y así, sus crepúsculos se tornaron rutinarios, siempre lejos de casa y la verdadera música que la había visto crecer. Aunque muchos intentaron llevarla de vuelta, nada funcionó.

Se hallaba cantando sobre una roca, lejos de su olvidado hogar, cuando notó que pronto se alzaría el alba, y el príncipe se iría a descansar. El codicioso viento se había llevado las horas y, una vez más, él había faltado a su palabra. O eso pensaba ella. El tiempo no se escabulló lo suficientemente rápido cuando se percató de que el Príncipe se quedaba. Los minutos pasaron y allí estaba, aún presente en el cielo nocturno. Supo que el día había llegado. Por fin bajaría a su encuentro y ambos serían felices en brazos del otro. Pero eso no llegó a ocurrir.

Lo que sucedió en su lugar acabó por sellar su destino. Pues sin que pudiera reparar en ello, ahogada en su emoción, desatendió los consejos de la espuma. Algo le fue arrebatado. Su brillante cola había desaparecido, maldecida por haber pasado tanto tiempo fuera del agua. Fue entonces cuando, consternada por el dolor de haber perdido lo más valioso de su vida, alzó los ojos al cielo, suplicó al príncipe que la salve, pero él hacía un tiempo la había abandonado. Su única compañía era ahora el temible hermano de su majestad. Aquel que desdeñaba a los Hijos del Mar.

Las olas aún cantan hoy la historia sobre una muchacha alguna vez adorada por las aguas. Portadora de una hermosa voz que ora flota en el viento, como él siempre había deseado. Se alejó de casa y ya no pudo regresar, arrebatada de allí por sus más terribles enemigos. La espuma la acompaña en su triste balada. Narran leyendas sobre los horrores de los hermanos del cielo y sus ardides para atrapar en sus garras a cada uno de los Hijos del Mar. Érase una vez un susurro olvidado.

Érase una vez un susurro olvidado en el tiempo. Érase una vez una vida ahora perdida en la arena, entre las caracolas abrazadas por el Sol. Érase una vez una Hija del Mar...